

CAPITULO V

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE MEXICO (1968)¹

1. CAUSAS REMOTAS

La década de los sesenta registró disturbios públicos que hicieron temblar a varias naciones de Oriente y Occidente. Aquéllos no consistieron, contra los augurios del marxismo, en crisis económica ni sus actores fueron los proletarios, sino en una crisis cultural, desatada, bajo distintos pretextos, por el grupo privilegiado de los universitarios: la guerra de Vietnam, los atropellos contra los negros, la condición de la educación superior, la falta de libertad política... Esta crisis puso de manifiesto que, hasta entonces, la vida humana presentaba una cierta constancia en actitudes, normas y valores recibidos de los antepasados: la autoridad de los padres era incuestionable; el error no tenía dere-

¹ Existe una abundante literatura sobre el Movimiento Estudiantil de 1968. He aquí algunas obras: R. Alvarez Garín y Gilberto Guevara Niebla. "Pensar el 68". *Nexos*. 1988 (enero 1o.), pp. 5-102 (con numerosos testimonios); Javier Barros Sierra. *Javier Barros Sierra, 1968; Conversaciones con Gastón García Cantú*. México: Siglo XXI, 1972; Roberto Blanco Moheno. *Tlatelolco: Historia de una infamia*. México: Editorial Diana, 1968; Jorge Carrión; Sol Arguedas y F. Carmona. *Tres culturas en agonía. Tlatelolco 1968* (3a. ed.). México: Editorial Nuestro Tiempo, 1971; "Comité Coordinador de Huelga de la Universidad Nacional Autónoma de México", *Gaceta* (agosto 13, 15 y 20 de 1968); "El movimiento estudiantil de 1968. Relación de los hechos", *Revista Los Universitarios*, 1968, (Nos. 125 y 126) (agosto de 1968), pp. 1-20 y 16-28; G. Estrada. "Los movimientos estudiantiles en la Universidad Nacional Autónoma de México 1958-1978". *Deslinde*, 1974, 4, p. 51; Víctor Flores Olea, et. al. *La rebelión estudiantil y la sociedad contemporánea*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1973; Luis González de Alba. *Los días y los años*. México: Ediciones Era, 1971; J. Hernández. *El PRI y el movimiento estudiantil de 1968*. México: Ediciones "El Caballito", 1971; Donald J. Mabry. *The Mexican University and the State student conflicts, 1910-1971*. College Station, Tex.: Texas A + M. University Press, 1982; C.B. Martínez. *Tlatelolco; tres instantáneas*, México: Editorial Luz, 1972; J.M. Mora. *Tlatelolco 1968. Por fin toda la verdad*. México: Editores Asociados, 1968; Angel Palerm. "El movimiento estudiantil: notas para un caso". *Comunidad*, 1969, 4, pp. 99-103; 219-231; 371-383 y 521-527; Octavio Paz. *Posdata*. México: Siglo XXI Editores, 1970; Elena Poniatowska. *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral* (45a. ed.). México: Ediciones Era, 1980; R. Ramírez. *El movimiento estudiantil de México: julio a diciembre de 1968*. México: Ediciones Era, 1969. 2 vols; M. Urrutia Castro. *Trampa de Tlatelolco* [sin editorial], [sin fecha]; Sergio Zermeno. *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. México: Siglo XXI Editores, 1978; "Bibliografía comentada del movimiento estudiantil mexicano". *Revista del Centro de Estudios Educativos*, 1971, 1, (No. 2) (abril-junio (pp. 135-146).

chos; el lugar de la mujer estaba en el hogar... y otros semejantes. Empero tal concepción inalterable de la vida humana desapareció entonces, como el paisaje pierde su habitual fijeza ante las embestidas del viento. Las certezas fundamentales recibidas de los mayores se agrietaron y los hombres descubrieron sorprendidos otras formas de concebir y vivir la vida y un amplio abanico de posibilidades abierto ante la libre elección de cada ser humano.

El cambio venía gestándose desde mucho antes. Los lentos progresos de las ciencias físico-químicas empezaron a revelar al hombre los misterios de la naturaleza y éste la dominó y la puso al servicio de la técnica, para hacer más llevadera la vida humana. Y aparecieron el cinematógrafo, la cámara fotográfica, el automóvil, el avión, la radio, la televisión, las computadoras, etcétera. Por otra parte, la noción de evolución descubierta por Charles Darwin (1809-1882) desplazó el origen del hombre hasta las brumas de la prehistoria, calculada no en miles, sino en millones de años y señaló la estrecha relación existente entre el hombre y los animales. La obra de los antropólogos y sociólogos llevó al hombre moderno a reconocer que pocas instituciones humanas, si hubo algunas, eran naturales, en el sentido de ser universales o permanentes.

Karl Marx (1818-1883), a su vez, enseñó que los hombres ejercían aparentemente su libre albedrío, pero, en realidad, eran meros juguetes de las ocultas e irresistibles fuerzas de la economía. Sigmund Freud (1856-1939) convino, por distintas razones, con Marx. El hombre estaba dominado por oscuras fuerzas subconscientes e inconscientes —el sexo entre ellas— de suerte que los seres humanos vinieron a sospechar de la autenticidad de sus motivos y valores y se resistieron a contraer compromisos permanentes y totales y a cumplir con obligaciones previas fundadas en valores inciertos y mudables. Así, el análisis marxista y el freudiano parecían minar, cada uno a su manera, la responsabilidad personal y el deber de guardar un código moral, faro de la civilización europea en los siglos pasados. Por otra parte, muchas personas sacaron de las teorías de Albert Einstein (1879-1953) la conclusión de un universo cuyas expresiones de valor eran todas relativas, la cual confirmó la visión de una anarquía moral.

Marx, Freud y Einstein formularon el mismo mensaje durante la década de los 20; el mundo no era lo que parecía. El conocimiento humano del tiempo y la distancia, el bien y el mal y de la justicia no merecía confianza (Johnson, 1988, p. 23).

En la educación de los hijos, se efectuó sigilosamente un sutil cambio: deja

ron de inculcarse la obediencia estricta, la sumisión, el respeto llevado hasta la incomunicación y las buenas maneras; y se fomentaron otros tales como la independencia en un mundo atezado por la rivalidad, el pensamiento crítico ante doctrinas tan diversas, la tolerancia hacia el parecer ajeno, y la igualdad, por encima de las diferencias raciales, religiosas y sociales.

Por otra parte, los ocho y medio millones de muertos de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y los 22 de la Segunda (1939-1945) (Hayes, 1959, pp. 410 y 673) habían convertido la muerte en un hecho tan común y corriente que, ante ella, la vida humana y sus preocupaciones cobraban un matiz de futilidad.

La filosofía contribuyó también, por su parte, a estas ideas con el existencialismo, iniciado por el filósofo danés Soren Kierkegaard (1813-1855) y ulteriormente elaborado por un grupo de filósofos alemanes y franceses de fines del siglo XIX y principios del XX; Karl Jaspers (1883-1969) y Martin Heidegger (1889-1966), Gabriel Marcel (1889-1963) y Jean Paul Sartre (1905-1985).

El existencialismo critica la cultura moderna, dominada por el concepto helénico de esencia y su lógico conseqüario de lo abstracto, inmutable y universal. En lugar de la concepción tan fría y alejada de la vida, la doctrina existencialista considera el fenómeno concreto, individual y cambiante de la existencia humana, constituido por la conciencia, la libertad, el cambio, el sentimiento y el compromiso. La tarea del individuo consiste en esforzarse por ser él mismo. La amenaza principal contra la existencia auténtica consiste en actuar por tradición, convención y autoridad. El hombre no debe comprometerse con nada externo al propio ser, sino con su misma libertad.

La doctrina existencialista fue penetrando insensiblemente en los distintos estratos de la sociedad de los diferentes países y ésta empezó con lentitud a ser más tolerante en la educación de los hijos, menos autoritaria y, por ende, más liberal. Al mismo tiempo se rechazó el ahogo del centralismo, la rigidez del institucionalismo y la bonachonería del paternalismo. El Concilio Vaticano II, celebrado en esos años, favoreció la tolerancia y la libertad.²

Por otra parte, el acelerado progreso del conocimiento en ciertas disciplinas y su rápido envejecimiento en otras, contribuyó a poner en duda la autori-

² Influyeron de modo decisivo en las ideas revolucionarias de la década 1960-1970 Cyril P. Connolly (1903-1924), brillante literato, cuyos 10 objetivos encontraron amplia acogida en la sociedad, especialmente la "permissividad". Asimismo, el novelista Norman Mailer (1923-), propagandista de la auto publicidad, la guerra al control de sí mismo, la contracultura y el "hipismo", Kenneth Tynan (1927-1980), autor teatral, declaró lucha sin cuartel a la censura y favoreció también la "permissividad". Finalmente, Rainer Werner Fassbinder (1945-1982), un poco posterior a los citados, brillante director alemán de cine, propagó la "permissividad", la violencia, el desenfreno y las drogas (véase Paul Johnson. *Intelectuales* (Trad. de Clotilde Rezano). Buenos Aires: Javier Vergara editor, 1990, pp. 315-342.

dad del maestro. En efecto, éste, amparado anteriormente en un acervo de conocimientos, dizque inmutables, exponía su cátedra revestido de indiscutible autoridad ante los alumnos, quienes, desprovistos de otros medios de información, se veían forzados a aceptar las enseñanzas magisteriales. En la década de los sesentas, el propio maestro llegó a persuadirse de la rápida obsolescencia de muchos conocimientos. El alumno, por su parte, comenzó también a percatarse de este fenómeno y se opuso a reconocer, como antes, la autoridad casi absoluta del maestro en un campo específico del saber. Además, la rapidez con que se multiplicaban los canales de información de los nuevos conocimientos permitió al alumno enterarse, al mismo tiempo que el maestro, de los recientes avances de la ciencia y, así, se acortó la distancia entre uno y otro. El estudiante, al dejar de considerar al profesor como el único medio de transmitir los conocimientos, empezó a impugnar su autoridad.

El cine y la televisión, por su lado, con fabuloso despliegue de recursos, difundieron sutilmente estas ideas hasta en los países más atrasados.

La década de los sesentas registra, sobre todo, una rotunda afirmación de los derechos humanos y su consecuencia obvia, el igualitarismo. Baste mencionar la campaña en pro de la igualdad de derechos en Norteamérica y el movimiento en defensa de la libertad de expresión, iniciado en Berkeley, Calif. (*Free Speech Movement*) en 1965, cuyos opositores se escandalizaban farisaicamente de que los estudiantes usaran al hablar malas palabras, mientras los adultos no se avergonzaban de practicar la corrupción y cometer injusticias. El año 1968 fue testigo de la efímera primavera de Praga y de la brutal represión soviética empleada para aplastarla; de los asesinatos de Martin Luther King (abril 4) y Robert F. Kennedy (junio 6) y del movimiento estudiantil de Nueva York, capitaneado por Mark Rudd y el de París por Daniel Cohn Bendit.

2. CAUSAS PRÓXIMAS³

2.1 *Los sucesos*

Reyertas callejeras entre bandas rivales de adolescentes originaron el Movimiento Estudiantil en julio 22 de 1968. Los estudiantes de las vocacionales 2 y 5 del Instituto Politécnico Nacional (IPN), capitaneados por las pandillas de los “Arañas” y los “Ciudadelos”, atacaron a los alumnos de la vecina preparatoria particular “Isaac Ochoterena”. El cuerpo de granaderos acudió a re-

³ En octubre 12 de ese año comenzarían los XIX Juegos Olímpicos en la ciudad de México.

primir violentamente la zacapela, entró a la Vocacional 5, golpeó a estudiantes y profesores y destruyó los objetos a su paso (*El Universal*, julio 24 de 1968). La intervención de los granaderos realizó la increíble hazaña de unificar a los estudiantes de las escuelas rivales.

Dos manifestaciones se organizaron cuatro días después: una, para protestar contra la brutalidad policíaca del día 22 y otra para conmemorar la toma del Cuartel Moncada, inicio de la Revolución Cubana. Ambas, autorizadas por el Departamento del Distrito Federal, fueron violentamente reprimidas por la policía, la cual ocupó, al mismo tiempo, las oficinas del Partido Comunista y los talleres donde se imprimía su periódico *La Voz de México* (*El Día*, julio 27 de 1968). *La prensa* habló de muertos, heridos y arrestados. El gobierno declaró haber detenido sólo a 76 personas.

Después, a medida que la represión se hacía más despiadada y crecía la hostilidad de la prensa, la radio y la televisión —casi en su totalidad entregadas al gobierno— el Movimiento se fortaleció y adquirió conciencia de sí mismo.

El 30 de julio, el rector de la UNAM, Javier Barros Sierra (1915-1971), ante los atropellos cometidos contra la autonomía universitaria, celebró un mitin en Ciudad Universitaria (CU), izó la bandera a media asta y declaró esa fecha luctuosa para la universidad. El mismo día, el ejército había derribado de un bazucazo (*El Universal*, julio 30 de 1968) la puerta de la Preparatoria No. 1 (San Ildefonso) y más tarde se apoderó de las Preparatorias Nos. 2, 3 y 5 y la Vocacional No. 5 del IPN, para expulsar de allí a los estudiantes (*El Universal*, julio 31 de 1968; *El Día*, julio 31 de 1968). Los estudiantes de la UNAM, el IPN, la escuela de Chapingo y las universidades estatales respondieron con la huelga contra el despliegue de la violencia policíaca (*El Día*, julio 31 de 1968) y publicaron también un pliego petitorio con las siguientes demandas:

- 1° Poner en libertad a los presos políticos.
- 2° Cesar a los generales Luis Cueto Ramírez, Raúl Mendiola y el coronel Armando Frías.
- 3° Abolir el cuerpo de granaderos, instrumento directo de la represión y prohibir la creación de otro semejante.
- 4° Abrogar los artículos 145° y 145° bis del Código Penal, instrumentos jurídicos de la agresión.
- 5° Indemnizar a las familias de los muertos y heridos, víctimas de las agresiones desde el 26 de julio.
- 6° Averiguar la responsabilidad de los oficiales en los actos de represión y vandalismo cometidos por la policía, los granaderos y el ejército (*El Día*, agosto 2 de 1968).

El 1° de agosto se efectuó una gran manifestación estudiantil (unos 80 000 aproximadamente), encabezada por el rector, quien, al iniciarla, declaró:

Somos una comunidad responsable, que merecemos la autonomía, pero no sólo será la defensa de la autonomía la bandera nuestra en esta expresión pública; será también la demanda, la exigencia por la libertad de nuestros compañeros, la cesación de las represiones... (*Revista de la UNAM*, 1968, 23, p. 8).

El mismo día, el presidente Gustavo Díaz Ordaz aludió, en un banquete en Guadalajara, a los recientes sucesos:

Una mano está tendida, la de un hombre que, a través de la pequeña historia de su vida, ha demostrado que sabe ser leal. Los mexicanos dirán si esa mano se queda tendida en el aire o bien esa mano, de acuerdo con la tradición del mexicano, con la verdadera tradición del verdadero, del genuino, del auténtico mexicano, se ve acompañada por millones de manos que, entre todos, quieren restablecer la paz y la tranquilidad de las conciencias... [estoy] entre los mexicanos a quienes más les haya herido y lacerado la pérdida transitoria de la tranquilidad en la capital de nuestro país por algaradas, en el fondo, sin importancia. A mí me ha dolido en lo más intenso del alma que se hayan suscitado esos deplorables y bochornosos acontecimientos (*El Día*, agosto 4 de 1968).

Los líderes estudiantiles de la UNAM, IPN, Chapingo y otras instituciones educativas habían actuado separadamente hasta entonces, pero luego se percataron de la necesidad de presentar un frente común, el Consejo Nacional de Huelga (CNH), compuesto por 38 comités representantes de cada una de las escuelas comprometidas en la huelga, y cuya asamblea plenaria tenía poder de decisión.

El CNH resultó una combinación de debilidad y, también, paradójicamente, de fuerza en el movimiento. Por una parte, estaba formado por algunos miembros de los comités de lucha de 1966 —generalmente izquierdistas— y más activos que los estudiantes ordinarios. Además, el uso de técnicas para obtener consenso volvía muy difícil formular decisiones. Los debates se hacían interminables y, poco a poco, sólo aquéllos, dotados de suficiente aguante y habilidad retórica, dominaban las sesiones. Por otra parte, el carácter representativo y nacional del CNH mantenía unidos a los estudiantes y forzaba al gobierno a reconocer la legitimidad de su rebelión. Asimismo, su método para obtener consenso ofrecía un áspero contraste con el autoritarismo del gobierno; su numerosa composición y la falta de un dirigente identificable impedía

que, si la policía aprehendía a éste, pudiese disolverse el Movimiento (González de Alba, 1971, pp. 83-85 y 105).

Las brigadas dieron a conocer, pese a la resistencia de la prensa a publicirlas, las demandas estudiantiles, con letreros en las paredes, volantes, carteles y programas de radio en CU. *El Día* (agosto 9 de 1968) —uno de los pocos periódicos que publicaban las peticiones de los estudiantes— comunicó los objetivos sociales de los estudiantes: la necesidad de diálogo sobre la unión en la libertad; la implantación de la semana de 44 horas; la formación de comités de lucha del pueblo, para establecer control de precios y salarios; y el apoyo de los comités de lucha de los campesinos para efectuar la repartición de la tierra. Se convocaba también al pueblo a unirse al Movimiento y luchar por un gobierno democrático, establecer más escuelas y distribuir equitativamente la riqueza.⁴

En las siguientes semanas, la capital del país presenció manifestaciones multitudinarias como la de Chapultepec al Zócalo —400 000 personas— (*El Día*, agosto 28 de 1968). Los manifestantes portaban mantas con letreros para exigir libertad económica y política, con alabanzas a los héroes nacionales y al Che Guevara, con las seis demandas del Movimiento y otras propias de la izquierda. Se atacó a Díaz Ordaz, primera ocasión en que se rompía el tabú de denostar al presidente. La multitud llegó (el día 27) al Zócalo ya entrada la noche: iluminó la Catedral, echó a vuelo las campanas e izó la bandera rojinegra de las huelgas. La gigantesca masa humana desbordaba el Zócalo.

Sócrates Campos Lemus, uno de los líderes del Movimiento, sugirió tomar el Zócalo en esta ocasión y la multitud lo aprobó. Unas 5 000 personas se ofrecieron a quedarse allí a modo de guardia permanente (*El Día* y *El Universal*, agosto 29 de 1968).

El gobierno estimó entonces que el desafío estudiantil había llegado demasiado lejos, determinó no tolerar más desórdenes y desmanes y desalojar del Zócalo, por la fuerza de las armas, a esa multitud. El momento exigía emplear medidas severas, en lugar del diálogo vanamente buscado.

El CNH reaccionó con dos decisiones ante el desalojo del Zócalo por las tropas. Una sensata: no enfrentarse al ejército sino resistir pasivamente. La otra, desatinada: el diálogo público con las autoridades se tendría en el Zócalo la mañana del 1o. de septiembre, el día y hora en que el presidente informaría al Congreso de la Unión sobre el estado de la nación. En el fondo de

⁴ Un editorial de Daniel Cosío Villegas (*Excelsior*, agosto 16 de 1968) provocó una contestación de Díaz Ordaz, cuya carta véase en *Proceso*, 1978, noviembre 6, pp.10-11.

esta obvia provocación se escondía el convencimiento del CNH de tener la sartén por el mango y de poder obligar al gobierno a capitular.

Como era de esperarse, el informe presidencial se refirió ampliamente al Movimiento Estudiantil: “Se advierten en él varias tendencias principales: una, presionar al gobierno para obtener la satisfacción de ciertas demandas; otra, sembrar el desorden, la confusión y el encono” con el propósito de impedir la celebración de los Juegos Olímpicos. El conflicto estudiantil de México ocurría —como en otras partes del mundo— en vísperas de celebrarse algún suceso nacional importante. Se trataba, pues, de una manía de imitación presente en la juventud. El presidente expresó su confianza de poder celebrar los Juegos Olímpicos; reiteró su respeto por la autonomía universitaria; negó que hubiese presos políticos;⁵ descartó que se derogaran los artículos 145° y 145° bis; y declaró ominosamente

[...] todo tiene un límite y no podemos permitir ya que se siga quebrantando irremisiblemente el orden jurídico, como a los ojos de todos ha venido sucediendo; tenemos la ineludible obligación de impedir la destrucción de las fórmulas esenciales, a cuyo amparo convivimos y progresamos.

[...] agotados los medios que aconsejen el buen juicio y la experiencia, ejerceré, siempre que sea estrictamente necesario, la facultad contenida en el artículo 89o., fracción VI de la Constitución General de la República: VI. “Disponer de la totalidad de la fuerza armada permanente, o sea, del ejército terrestre, de la marina de guerra y de la fuerza aérea para la seguridad interior y defensa exterior de la Federación”.

[...] no quisiéramos vernos en el caso de tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario; lo que sea nuestro deber hacer lo haremos, hasta donde estemos obligados a llegar llegaremos (Ramírez, 1969, pp. 281-284).

Los estudiantes dieron a conocer en una conferencia de prensa su reacción al Informe Presidencial: las razones y argumentaciones del presidente eran falsas o triviales; no mostraba éste ningún cambio cualitativo ante el Movimiento; sólo aludía a dos de las demandas del pliego petitorio. No obstante, el CNH envió al presidente —el 4 de septiembre— una petición escrita y sugirió para el diálogo el auditorio del Centro Médico.

El rector Javier Barros Sierra, por su parte, instó a los estudiantes el día 8 a regresar a clases y la Asociación de Profesores de Ciencias Políticas y Sociales lo apoyó, mientras el Senado aprobó la resolución del presidente de

⁵ Personas privadas de la libertad por razón exclusiva de sus ideas políticas, ajenos a delito alguno.

disponer del ejército en defensa de la seguridad interna de la nación. Entre tanto, las brigadas estudiantiles prosiguieron su labor de informar veridicamente al pueblo.

Con miras a atizar el entusiasmo por el Movimiento, los estudiantes, por su parte, organizaron una gigantesca manifestación de 250 mil personas al Zócalo, con una ingeniosa característica: el silencio. Los manifestantes desfilaron acompañados sólo por el ruido de las pisadas en el asfalto y los leves crujidos de la ropa. Los estudiantes evitaron de esa guisa cualquier asomo de confrontación con las fuerzas del orden y demostraron paladinamente la vida del Movimiento, el poderío del CNH y una disciplina digna de admiración (*El Universal*, septiembre 14 de 1968).

Ante tantos retos estudiantiles, el gobierno determinó allanar la Ciudad Universitaria (septiembre 18), para apoderarse de los cabecillas. La tropa invadió los edificios, desalojó a los estudiantes, los padres de familia presentes allí en esos momentos, los maestros, los funcionarios y los empleados, ninguno de los cuales presentó resistencia. Radio Universidad dejó de transmitir sin previo aviso a las 22.25 hrs. La tropa obligó a unos 300 detenidos a colocarse las manos atrás de la cabeza y a muchos de ellos a acostarse en el suelo, en tanto que los soldados, fusil en mano con la bayoneta calada, se mantenían alertas. Luego, la tropa arrió la bandera —se encontraba a media asta desde el pasado 29 de julio (*Excélsior*, septiembre 19 de 1968).

El gobierno declaró, para justificar el allanamiento de la UNAM, que ésta era un centro de subversión y el ejército sólo había intervenido con el propósito de deshacerlo, y permitir que se reanudaran las actividades normales. En realidad, uno de los objetivos secretos del allanamiento de la UNAM parece haber sido apoderarse del CNH, algunos de cuyos miembros allí presentes pudieron escapar. El gobierno anunció al día siguiente que el ejército evacuaría la UNAM, cuando sus autoridades se lo pidieran.

El allanamiento de la UNAM desató una oleada de indignación y violencia. Los estudiantes, por un lado, y el ejército por otro, entablaron batallas callejeras desde el 19 y continuaron así varios días. El mismo día 19 el PRI y sus diputados apoyaron la ocupación de CU y algunos de ellos atacaron duramente desde la tribuna a Barros Sierra, quien había repudiado de modo tajante el atentado. Entre tanto, grupos de “porros” atacaron la Preparatoria No. 4, el Colegio de México, la Vocacional 5 y las Preparatorias Nos. 5 y 9. Con tales ataques, creció la tensión y más al notificar Barros Sierra su renuncia. Entre el 23 y 24 el ejército allanó también el IPN con resistencia de los estudiantes (*El Día*, septiembre 20 de 1968).⁶

⁶ Véase Ramírez, 1969, pp. 322-333, sobre este incidente.

Empero el uso masivo de la fuerza desarticuló al Movimiento tal como el gobierno lo pretendía, sin lograr frenarlo. El 25, la Junta de Gobierno rechazó la renuncia de Barros Sierra, quien se tomó dos días para aceptar de nuevo. Mas el rector perdió algo de la autoridad moral de que había gozado. El CNH le manifestó luego su apoyo (*El Día*, septiembre 27 de 1968).

El gobierno nombró entonces a Jorge de la Vega Domínguez y Andrés Caso Lombardo, hijo de Alfonso Caso, representantes suyos, para entablar el diálogo con los estudiantes, quienes se esforzaban por convencer al gobierno y al pueblo que no pretendían estorbar los Juegos Olímpicos, como se les acusaba, y deseaban concertar una tregua verdaderamente olímpica. Al mismo tiempo, rehusaron reunirse con los representantes del gobierno hasta que las tropas hubieran salido de CU y del IPN. El 30, éstas desalojaron la UNAM y dejaron tras sí una estela de equipo destruido, edificios devastados y numerosos robos. Silenciosamente, los representantes de las partes contendientes empezaron a reunirse. El CNH celebró dos mítines en CU. El 2 de octubre los representantes del CNH y del gobierno se reunieron para discutir las demandas estudiantiles.

Desde el 25 de septiembre hasta el 2 de octubre hubo un respiro. Esperanzados, los estudiantes organizaron un mitin en la Plaza de las Tres Culturas.

La muchedumbre —unas 10 mil personas— empezó a reunirse paulatinamente dispuesta a celebrar el mitin, el cual concluiría con una manifestación hasta el IPN para protestar por la presencia de las tropas en la institución. La atmósfera de la plaza era tensa, pues tanques del ejército, «yips» y camiones militares de carga acordonaban el perímetro en las cercanías. Pero como la presencia de los soldados se había convertido en espectáculo familiar, los organizadores del mitin no hicieron ningún intento de suprimirlo y de dispersar a la multitud. A la caída de la tarde, muchos residentes del complejo habitacional de Nonoalco-Tlatelolco empezaron, por simpatía con los estudiantes, a sumarse al mitin, cuya celebración ayudaba a distraerse de la diaria rutina. Los estudiantes, por su parte, se sentían tranquilos por hallarse en territorio amistoso. Los oradores arengarían a la multitud desde el balcón del tercer piso del edificio Chihuahua.⁷

Desde el principio del mitin, dos helicópteros volaban sobre la zona. La muchedumbre les silbaba cada vez que aparecían sobre sus cabezas.⁸

⁷ Otros dicen que del cuarto piso (*La Prensa*, octubre 3 de 1968).

⁸ Algunos testigos hablan de un solo helicóptero (*La Prensa*, octubre 3 de 1968).

El mitin era, por el número de los asistentes, insignificante, comparado con los celebrados anteriormente. Los oradores anunciaron después de breves discursos su decisión de cancelar la marcha hasta el IPN, para evitar represalias del ejército.

Poco después de las 18 horas —refiere Francisco Ortiz Pinchetti, testigo presencial en el balcón del edificio Chihuahua— (*Proceso*, octubre 3 de 1988), ascendieron hacia el cielo dos cohetones que, al estallar, se resolvieron en dos bengalas de intenso color verde. La muchedumbre congregada en la plaza se inquietó, se oyeron gritos: “—ahí vienen!” y empezó a replegarse hacia el sur de la plaza. El orador pidió calma “—No es nada!”; “—Tratan de provocarnos!” Entre tanto, a espaldas de Ortiz Pinchetti, subieron por la escalera, usada por éste media hora antes, numerosos individuos, armados con metralletas y pistolas, vestidos de civil y con un guante blanco en la mano izquierda.⁹ Pertenecían al batallón Olimpia y tenían como objetivo arrestar a los miembros del CNH y dar la consigna del ataque. Uno de aquellos, descrito por otro testigo (*Proceso*, octubre 3 de 1988), se adelantó al barandal y disparó. Fue la consigna de empezar la balacera. El ejército, que ya ocupaba la plaza, contestó y ésta se convirtió súbitamente en un infierno. Nadie parece haberse percatado de que tanto algunos miembros del batallón Olimpia, situados en el balcón del edificio Chihuahua, como la tropa de la plaza se dispararían mutuamente, con pérdidas inevitables para ambos (*Excélsior*, octubre 3 de 1968).

Según la versión del gobierno después de los hechos, el ejército avanzó para responder al fuego de los francotiradores apostados en los edificios. La realidad, revelada por testigos presenciales —periodistas y fotógrafos— fue diferente. El ejército inició el indiscriminado tiroteo con pistolas, fusiles e, incluso, ametralladoras, sobre la indefensa multitud de hombres, mujeres y niños. Así lo comprueban los equipos de la *American Broadcasting Company* y de la *Columbia Broadcasting Company* que grabaron el principio del ataque hasta verse obligados a huir. La matanza duró varias horas ¿cuántos murieron? Ciertamente, más de los 76 registrados por el gobierno. En México, ningún periódico se atrevió a publicar cifras (*Excélsior*, octubre 3 y *El Día*, octubre 3 de 1968). El testimonio más imparcial fue el de la periodista Oriana Falacci —herida en la refriega— aparecido en *La Voz de México* (diciembre 12 de 1968), reproducción del original en inglés publicado por la revista *Look* (noviembre 12 de 1968). El periódico *The Guardian*, tras cuidadosa investigación, dio la cifra de 325 muertos (Paz, 1970, p. 35). Los heridos fueron miles, así como las personas aprehendidas. La matanza de Tlatelolco fue trágicamente irracional. Si se acepta la versión del gobierno —unos francotiradores em-

⁹ Otros testigos hablan de la mano derecha envuelta en un pañuelo (*Excélsior*, octubre 3 de 1968).

pezaron a disparar— la tropa debería haber desalojado de la plaza a la multitud y usado luego tiradores certeros contra aquellos. Si sólo se pretendía arrestar a los líderes, habría bastado cercar el edificio Chihuahua sin disparar sobre la muchedumbre. El gobierno quiso dar una sangrienta lección con un ataque mal organizado, cuyo saldo de muertos y heridos es una afrenta para el país. Tal vez les pareció a los responsables insignificante el precio de la muerte de varios cientos de personas —muchas de ellas totalmente ajenas al Movimiento— con tal de aplastar a los estudiantes rebeldes.

Confrontado con la infamia de la matanza, el gobierno trató de justificarse: los estudiantes atacaron primero y el ejército acudió solícitamente a proteger a la multitud y a los residentes del complejo habitacional. Según confesiones arrancadas con tortura a algunos de los líderes, el Movimiento Estudiantil era una maniobra para instalar un régimen comunista en México e impedir la celebración de la Olimpiada; otras culpaban a algún prominente político de financiar el Movimiento para «quemar» a ciertos personajes, presuntos candidatos a la presidencia de la nación. Las armas recogidas —ridículamente pocas en número para emprender una rebelión armada— comprobaron, según el gobierno, la existencia de una alevosa conspiración.¹⁰

El Movimiento Estudiantil de 1968 murió en Tlatelolco la noche del 2 de octubre. Su entierro se efectuó el 4 de diciembre, al levantarse oficialmente la huelga. Las Olimpiadas se celebraron sin problemas —el comité olímpico decidió por una cerrada votación no suspenderlas—. Algunos líderes estudiantiles, sobrevivientes de la pesadilla de Tlatelolco se escondieron, emigraron a provincia, o incluso se exiliaron en otros países. La mayoría, en cambio, engrosó las filas de los presos en las cárceles. Muchos fueron bárbaramente torturados y languidecieron por años en prisión. El gobierno no concedió las seis peticiones del Movimiento. Hasta 1970, no se derogaron los artículos 145° y 145° bis, si bien las disposiciones represivas se conservaron en otros artículos.

2.2 *La interpretación*

Un atento análisis del Movimiento Estudiantil revela ciertas características. Poseía identidad. No era académico en el sentido de luchar por la reforma de los estudios. Carecía de clasificación ideológica, pues, aunque el Partido

¹⁰ Don Cook en su obra *Charles de Gaulle* (Madrid: Javier Vergara editor, 1985, pp. 440-454) señala que en el movimiento estudiantil de París hubo alianza de los estudiantes y los obreros.

Comunista y sus organizaciones juveniles, Juventud Comunista y Central Nacional de Estudiantes Democráticos así como la Coalición de Maestros Pro Libertades Democráticas,¹¹ ayudaron a organizarlo, fueron, junto con el Consejo Nacional de Huelga y grupos de izquierda, rebasados por aquél.¹²

Fue principalmente estudiantil,¹³ compuesto por este sector dedicado a los estudios, siempre inquieto, y carente en general, de independencia económica, cuando otros coetáneos suyos se ganan la vida, forman su hogar y son dueños de sí mismos. Los estudios universitarios segregan de la vida real y obligan a numerosos estudiantes ya adultos, a vivir sin la independencia propia de éstos. No es de extrañar que, en ese momento de la vida del país, ante los atropellos impunes de los granaderos contra los compañeros de estudios, ante la falta de garantías por parte del gobierno y ante unos juegos olímpicos organizados con tanto dispendio, los estudiantes se rebelaran. A diferencia de la protesta de los estudiantes franceses,¹⁴ en mayo de ese año, los mexicanos no pretendían cambios violentos, ni experiencias orgiásticas como los “hippies”, sino convertirse en voceros del pueblo y lograr reformas democráticas (Zermeño, 1978, pp. 35-36). El Movimiento presentó asimismo un rasgo sin precedentes en la historia de México: nunca antes cientos de miles de manifestantes habían marchado por las calles de la capital denunciando al gobierno: nunca antes los estudiantes de la UNAM, IPN, Chapingo y otras instituciones habían colaborado tan estrechamente; y nunca antes el gobierno había aplicado la violencia contra lo más selecto de los jóvenes de la nación.

¹¹ Heberto Castillo, Eli de Gortari, Eugenio Fillo, Manuel Peimbert, Fausto Trejo y otros.

¹² Jorge Hernández Campos (*Unomásuno*, agosto 16 de 1988), participante en el Movimiento, culpa de «delirio, dogmatismos despachados como realidades», etcétera, al CNH y duda que éste tuviera una idea clara del proyecto de país que pretendía imponer.

¹³ Indudablemente, hubo infiltraciones de otros grupos, según el refrán: «A río revuelto...».

¹⁴ Véase el excelente artículo de J.L.M. de Lannoy. “Militancia política estudiantil en París y México en 1968” [Trad. de S. Zamora B. y J.L. Rivas V.] *Perfiles Educativos*, 1979, (No. 4) (abril-junio), pp. 17-40. Según Lannoy: 1) Los estudiantes franceses procedieron dentro de una larga tradición de militancia política con ocasión de las guerras coloniales de Argelia e Indochina; 2) La huelga de los estudiantes franceses se inició simultáneamente a una huelga obrera de un importante centro industrial vecino a Nanterre (Universidad de París); 3) El movimiento estudiantil francés se rebeló contra el sistema universitario, criticándolo de autoritario y desvinculado de las realidades económicas del momento; 4) La rebelión estudiantil criticó en forma radical a la sociedad francesa como consumista, tecnocrática y carente de libertades. En París, pocos estudiantes fueron encarcelados; no hubo arrestos masivos ni un solo muerto; el ejército no intervino en los motines ni se usó ninguna arma pesada contra la muchedumbre. Por otra parte, en México, a diferencia de París, no se invocó a Herbert Marcuse (1898-1979) cuyas dos obras *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada* (Trad. de Juan García Ponce). México: Joaquín Mortiz Editor, 1968 y *Eros y Civilización. Una investigación filosófica sobre Freud*. (Trad. de Juan García Ponce). México: Joaquín Mortiz Editor, 1965.

Además, el Movimiento, a diferencia de otras huelgas universitarias, definió a un adversario tangible contra el cual dirigió sus ataques y en función del cual estructuró su alianza: el PRI-gobierno-presidente de la República (Zermeño, 1985, pp. 41-43 y 94-95).¹⁵ Finalmente, la rapidez de cristalización del Movimiento —con la presentación de objetivos y desencadenamientos de acciones— fue espectacular (Zermeño, 1985, p. 26). Las demandas del fin del Movimiento fueron esencialmente las mismas del principio.

- 1° Respetar las libertades democráticas.
- 2° Libertad a los estudiantes, profesores y ciudadanos detenidos a partir de julio 26.
- 3° Derogar los artículos 145° y 145° bis del Código Penal Federal.
- 4° Destituir a las autoridades responsables de los hechos violentos.
- 5° Suprimir el cuerpo de granaderos.
- 6° Indemnizar a las familias de los estudiantes agredidos (*El Día*, julio 28, agosto 2 y 4 de 1968).

Diversas parecen haber sido las causas profundas del Movimiento. Primera, la inadecuación del sistema político para incorporar y representar las demandas de los nuevos sectores sociales en los cuales se desarrollaba una doble lucha: una, generacional, entre los antiguos políticos y administradores, la mayoría abogados, y una minoría sin profesión alguna y los jóvenes de profesionistas dotados de preparación diversificada; otra, personal, la resistencia de estos últimos a someterse a organismos burocráticos con escasa perspectiva de poner en práctica sus conocimientos. Segunda, el deterioro de las relaciones entre el Estado y la UNAM. La universidad se aisló del Estado por el influjo de la reforma universitaria de Córdoba, Argentina, en 1918, reforma que enarboló la bandera de la autonomía de las instituciones de educación superior. En la posición liberal —la universidad es el santuario de la cultura al margen de la política— se infiltraron las posiciones marxistas y socialistas de los años sesenta y así la ruptura entre universidad y Estado se acentuó. Podría decirse que la dificultad de hacer política abiertamente impulsó a los estudiantes a efectuarla dentro de la universidad, coto cerrado para el gobierno por razón de la autonomía. Tercera, el debilitamiento del modelo cultural de populismo-nacionalismo-desarrollismo, basado en la opo-

¹⁵ Norberto Aguirre Palancares (*Proceso*, octubre 16 de 1978) asegura que el presidente Díaz Ordaz no supo del ataque a los estudiantes en Tlatelolco sino hasta después de sucedido. Gastón García Cantú (*Excélsior*, octubre 3 de 1968) da a conocer que sí lo sabía.

sición a Norteamérica, no sólo por la pérdida de más de la mitad del territorio en 1848, sino por la amenaza de intervenir en las movilizaciones populares: la Revolución y el cardenismo. Los miembros del trinomio —coherentes entre sí a los principios— resultaron contradictorios en los sesentas. Finalmente, la transformación del Estado populista en Estado de clase —con escasa atención hacia las clases medias, cuya inquietud no podía ser controlada tan estrictamente como la de la clase obrera— despertó en aquéllas un agudo malestar (Zermeño, 1985, pp. 55-83).¹⁶

¹⁶ Carlos Marín. “Tlatelolco, desde el edificio Chihuahua” (*Proceso*, octubre 3 de 1977). Véanse además los artículos de Elena Poniatowska (*Proceso*, octubre 2 de 1978); Francisco José Paoli (*Proceso*, octubre 2 de 1978); Heberto Castillo (*Proceso*, octubre 30 de 1978); Elías Chávez (*Proceso*, noviembre 20 de 1978) y Fausto Trejo (*Proceso*, diciembre 11 de 1978).

